

el fin de una época

"RECHAZAMOS todo tipo de compromiso o confusión. Tanto los miembros del Secretariado como los observadores conocemos perfectamente que hay entre nosotros disensiones doctrinales y dogmáticas, diversidades en la disciplina, heridas y acusaciones históricas, y ninguno de nosotros se hace ilusiones sobre la gravedad de todas estas cosas. Nadie estaría dispuesto a aceptar una fórmula de unión equívoca o superficial. No hay, pues, entre nosotros ningún tipo de doblez ni de maquiavelismo. Pero, a pesar de todo esto parece que no es necesario ni oportuno el volver a hacer el elenco de todas nuestras divisiones, que todos conocemos muy bien. Hoy, lo más necesario es buscar una base común sobre la que se pueda iniciar un diálogo que, colocándose en una nueva perspectiva, nos haga salir del punto muerto en que están hace siglos nuestras relaciones".

Con estos clarísimos términos el Secretariado pa-

ra la Unión de los Cristianos dilucidaba posibles equívocos que podían surgir en la opinión pública mundial cuando el Concilio Ecuménico trató hacia fines de 1963 el esperado tema del Ecumenismo.

Más allá de las polémicas que tipificaron el "diálogo" durante varios siglos, el esquema apareció cargado de una dinámica positiva de búsqueda en orden al acercamiento. Dentro de este clima se comprenden las expresiones, siempre terminantes y categóricas, del que fue llamado "enfant terrible" del Concilio, el octogenario Patriarca Máximos IV^o Saigh, hoy Cardenal: "Con este esquema se acaban siglos de polémicas estériles que han dado origen a una teología católica unilateral; pondrá fin a la época de proselitismo desleal para pasar a la de la sana competencia con la base decisiva en el respeto a la conciencia de todos; y todo él se mueve desde el ángulo del espíritu, de la "comunidad", más que del juridicismo".

ECUMENICOS O ANACRONICOS

La afirmación de la verdad con olvido del amor al prójimo lleva al fanatismo agresivo; el amor al prójimo con olvido de la verdad lleva a cualquier apostasía.

La meta consiste en aunar ambos amores, adhiriéndonos a la verdad con toda el alma pero sin que esa adhesión sea un ariete contra nadie. La forma de anunciarla es faena de propuesta, no de embestida.

El Ecumenismo tiende a la fusión de los corazones, aunque las cabezas estén distantes. Por eso, no constituye una teología diferente ni una nueva parte del Derecho Canónico ni un mero cubrir las vergüenzas de la historia con el manto de los hijos de Noé.

Es más bien una actitud de superación, un modo de tratarse, un movimiento de convergencia, que uniendo a los hombres en la caridad les facilite una búsqueda más serena y profunda de la verdad.

No se niega el valor de lo sucedido en la historia, porque el futuro se ilumina desde atrás, como las linternas. La metáfora del Padre Charles puede ser aplicada a nuestro caso. Pero, también es verdad que

“entrar en los meandros de la Historia no sería más que volver a abrir heridas”. La aseveración corrió a cargo de Monseñor Martin, Arzobispo de Reims, al presentar el Esquema al aula de San Pedro. La historia no se niega, pero se procura superarla con otra óptica. El planteo es lisa y llanamente de caridad, y la caridad no se calcula ni se medra: se vive. “Si partiendo de la verdad para llegar a la caridad nunca llegábamos ni a aquélla ni a ésta, quiera Dios que partiendo de la caridad lleguemos a las dos. Hoy ésta es una característica de toda acción pastoral. Un movimiento apostólico que no fuera ecuménico sería un movimiento anacrónico”. En esta forma respondía a un reportaje el Cardenal Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago de Chile. Y el Cardenal canadiense Leger, añadiría en su momento: “Habrá que buscar la verdad no sólo en caridad, sino también en humildad”.

Cualquiera ve el ostracismo hacia el cual parte el espíritu polémico cuando el movimiento ecumenista lleva sellos de verdad, caridad y humildad.

CONOCER, EN VEZ DE PREJUZGAR

La conciencia ecuménica no sólo es imprescindible en países acentuadamente pluralistas, sino también en los religiosamente monocolors. Dos opciones se juegan como posibles: prevenir contra los contactos interconfesionales o preparar a los fieles para tenerlos. La segunda posición, desde cierto ángulo más peligrosa pero desde otro más efectiva y realista, exige una tenaz formación religiosa.

Al interés por lo propio debe unirse el del estudio de la fe de los demás, de sus orígenes históricos y sus tradiciones, para intentar bucear en los escondites de su propia mentalidad. La pretensión de conocer e interpretar a los otros seres en vez de prejuzgarlos y condenarlos, acicatea las aproximaciones.

En el camino se ciernen severas exigencias prácticas. “Será necesario, expresaba el Cardenal alemán José Frings, un gran esfuerzo para borrar de nuestros fieles, revisando nuestros textos escolares, nuestra predicación, cuanto haya no sólo de inexacto sino tam-

bién de desagradable o polémico para con otras Iglesias. ¿Será mucho pedir a nuestros hermanos separados que hagan lo mismo en cuanto se refiere a sus visiones del catolicismo?"

NUEVA SENSIBILIDAD

El espíritu ecuménico tendrá especiales repercusiones en las misiones donde, a pesar de contactos personales de los jefes espirituales, las instituciones como tales se han mantenido en recíproca y frecuentemente chocante reserva. Los roces han sido más dolorosos que en otras partes.

En el pasado, católicos y protestantes recíprocamente se han achacado, ante las pupilas absortas de los paganos, el papel de quienes siembran cizaña en medio del trigo. Planteos rigurosamente apologéticos, con ciertas sonoridades que recuerdan el siglo XVI, predicación sobre bases defensivas, desconfianza de todo progreso que pudiera provenir del "otro campo", ha hecho que las distintas confesiones cristianas con mucha frecuencia se contactaran a través de sus laderas negativas.

Nada de esto desdice el empeño formidable, el sacrificio absoluto de quienes dejaban su patria y una situación de apostolado más fácil para lanzarse a riesgos espantosos y a finales cruentos.

El clima nuevo del Papa Juan, se ha expandido en las misiones como en todas partes. Los contactos se avivan, los estudios de problemas comunes se fomentan y se tienden los brazos hacia una serie de obras de colaboración social, ubicándose personas de confesiones distintas en una misma fila de responsabilidades.

Ni guerra caliente ni guerra fría, si no cálida hermandad. Es el gesto roncalliano. La semilla arrojada desde el vértice germina ya en todos los niveles.

A la crítica mordaz y a la polémica, al torneo dialéctico y a la diatriba, sucede un estilo común de mayor profundización en los elementos de doctrina esenciales, en una especie de valeroso descenso a las raíces comunes.

Esta característica de la superación de los siglos de la polémica es lo que hemos querido destacar en estas líneas editoriales que han intentado perfilar solamente un aspecto del Ecumenismo, y dejando en la cartera otros matices de enorme importancia.

A la controversia sucede el diálogo, que no significa —banal es decirlo— la simultánea locución de dos personas sino la humilde disposición a escuchar con atención y respeto cuando el contertulio expone su propia visión. El esfuerzo por comprender no es claudicación. El esfuerzo por hacerse entender no es imposición. La intención se encamina al esclarecimiento.

Un asiático, perteneciente al Consejo Mundial de las Iglesias, que estimaba la tarea de nuestras misiones, expresaba a un católico: "Una cosa es importante para la unificación: predicar el Evangelio y celebrar la Liturgia, pero ahorrar al Asia los desarrollos del catolicismo europeo después del Concilio de Trento".

Clamorosamente pedía otro estilo de siembra. Es lo que intentarán las distinguidas plumas que ilustran en este mes nuestra Revista.

La Dirección